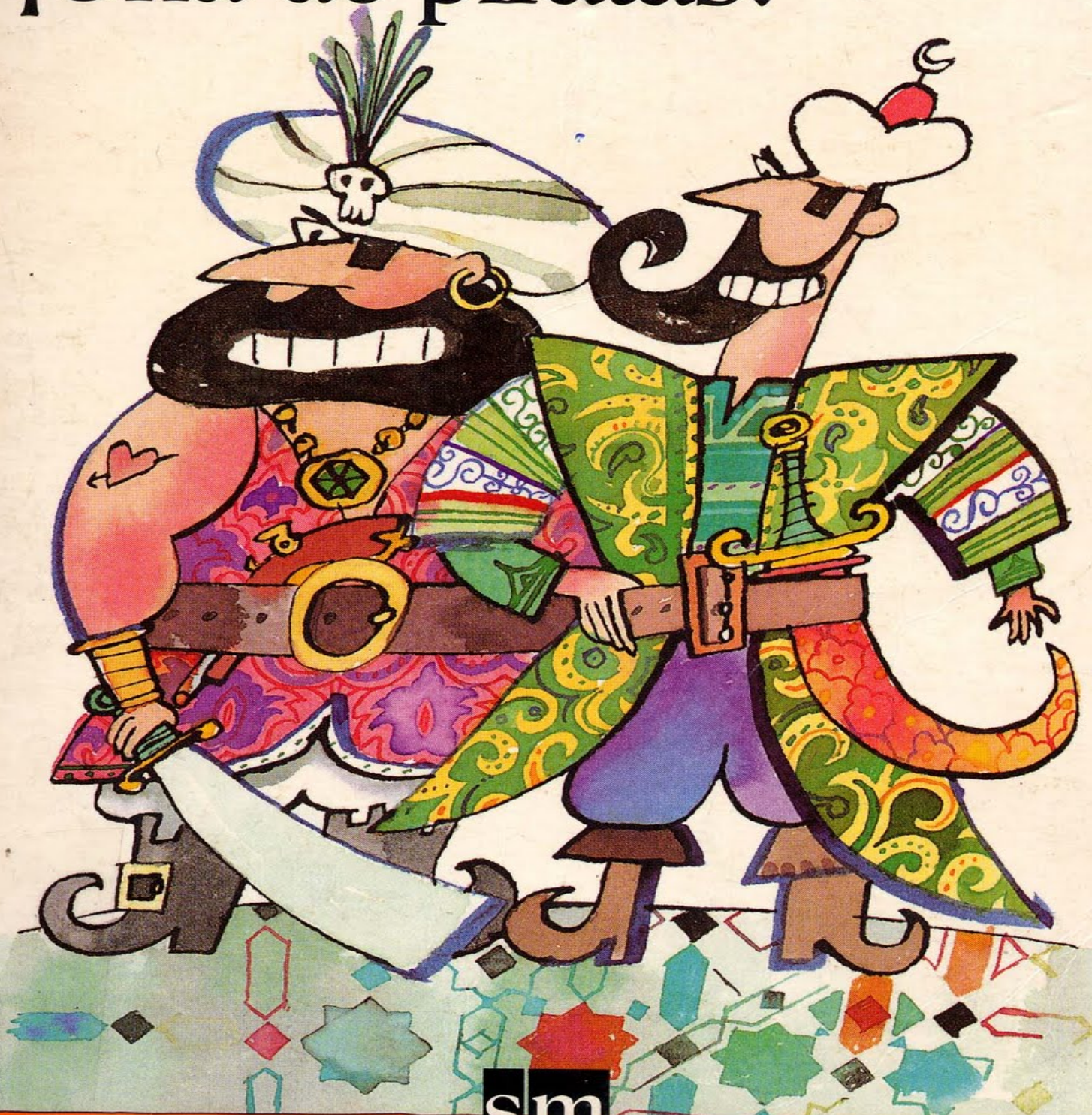




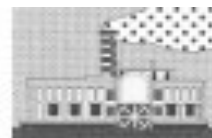
EL BARCO DE VAPOR

J. L. Alonso de Santos
¡Una de piratas!



sm

EL BARCO



DE VAPOR

¡Una de piratas!

J. L. Alonso de Santos



Joaquín Turina, 39 28044 Madrid



Primera edición: abril 1994
Sexta edición: diciembre 2002

Dirección editorial: María Jesús Gil Iglesias
Colección dirigida por Marinella Terzi
Ilustraciones: Enrique Flores

© del texto: José Luis Alonso de Santos, 1994
© Ediciones SM, 1994
Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid

Comercializa: CESMA, SA - Aguacate, 43 - 28044 Madrid

ISBN: 84-348-7062-2
Depósito legal: M-48728-2002
Preimpresión: Grafilia, SL
Impreso en España / Printed in Spain
Imprenta SM - Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

*Me ayudaron a escribir esta
historia mis hijos pequeños,
Lara y Daniel, con sus risas,
y mi hija mayor, Vega,
con su sorprendente imaginación
de escritora.*

1 *El rapto de Blancaflor*

UN pirata muy poderoso —Amón Sufú Caradura y Feuz— estaba aburrido en un castillo grandísimo lleno de arena que tenía por los desiertos africanos, pues en aquella época no había dibujos animados, ni osos panda, ni nada que mereciera la pena. Y al pirata este, que era como un camello gigante, le entraron malas intenciones —que es lo que suele entrar cuando uno se aburre—. Y, sin pensarlo dos veces, se echó a la mar en un barco enorme que le dejó un amigo suyo, cargado de cañones y con unos marineros que daba miedo mirarlos de lo feos y tuertos que eran.

Navegaron varias lunas. De día dor-

mían para que los barcos de vigilancia no los vieran, y de noche abrían al viento las velas de su barco. Después de algún tiempo de andar de acá para allá encima del mar, otearon por fin tierra a lo lejos:

—¡Cara-cascara-casca! —gritó el vigía pirata, que quiere decir en nuestra lengua: «Ya el profeta de los piratas nos ha escuchado y se ha dignado concedernos en lontananza una hermosa playa donde poner nuestros olorosos pies». Resumiendo: «¡Tierra!».

Y hay que ver cómo se pusieron de felices los piratas al oírlo. Pues hacía tiempo que no tenían agua potable y además ya se habían bebido la de los tiestos, la del capitán, la de la botella de reserva y la del día que llovió, que la habían recogido en un cubo.

El capitán del barco pirata tenía un ayudante tan ridículo que parecía una

lechuga: bajito, gordo, y con unos enormes pies que llegaban media hora antes que él a los sitios. El nombre de este pirata era Troncho Lirondo Olian Muzarreta, pero para terminar antes lo llamaban ¡Eh, Tú!

Bueno, pues el caso es que ¡Eh, Tú! fue corriendo a ver al pirata Amón y le informó: que habían llegado a tierra, que estaban contentos y que no había cristianos en la costa. Cuando terminó de hablar, se dio cuenta de que el capitán pirata estaba dormido y no le había oído. Dio un grito para despertarlo, el pirata se asustó, cogió la cimitarra —que es como se llaman las espadas de los piratas africanos— y se la tiró a la cabeza. Y si no se llega a esconder, se la parte en dos. ¡Eh, Tú! salió corriendo, el capitán pirata detrás, y al llegar a cubierta, ¡Eh, Tú! le señaló a lo lejos, para distraerlo.

—¡Cara-cascara-casca! —gritó el capitán, orgulloso y encantado al ver tierra.

—Eso es lo que yo quería decirle —señaló ¡Eh, Tú!—. Que hemos llegado.

Entonces, los piratas se pusieron a cantar una canción para celebrarlo. A los piratas les gusta mucho cantar a coro, sobre todo cuando llegan a una costa después de hacer un largo viaje por mar.

CANCIÓN PIRATA DE LLEGADA A TIERRA

*Hemos llegado a tierra
y estamos muy contentos,
pues habrá mucho vino
y tesoros a cientos.*

*Hemos llegado a tierra
y estamos encantados,*

*pues de viaje tan largo
venimos mareados.*

*Hemos llegado a tierra
y estamos muy felices
de meter, donde haya
dinero, las narices.*

*Y como hemos llegado
tenemos ocasión
de, para celebrarlo,
cantar nuestra canción.*

La verdad es que no sólo cantaban para celebrarlo. Lo de cantar al ver tierra era un viejo truco. Como cantaban tan mal y en esa lengua suya, casi siempre llovía. Así, mientras desembarcaban, los del lugar no los veían porque se metían en sus casas para no mojarse y se quedaban mirando el fuego de las chimeneas, que es adonde miraba antes

la gente cuando estaba en casa y aún no se había inventado la televisión.

Total, que los piratas llegaron al puerto, bajaron del barco y, como caía tanta agua de las nubes, nadie los vio desembarcar. En un periquete, con sus cuchillos en la boca y las espadas en la mano, subieron hasta el castillo donde habitaba la princesa Blancaflor y se la llevaron. Es decir, la raptaron por las malas.

¡Qué disgusto se llevaron sus padres! Que si «Nos han quitado a la niña», que «Qué desgracia»... Y es que hay que ponerse en su lugar. Suponeos que os pasa a vosotros. Además, en aquella época no había policías, ni teléfonos para llamar y denunciarlo. Sólo estaban los de las cruzadas, pero lejos. Mientras los avisaban y venían a rescatarla en esos barcos tan lentos de entonces, la

princesa seguro que ya se había convertido en abuela.

El secuestro fue rapidísimo. Estaba Blancaflor en el jardín con un paraguas —las princesas están de día en el jardín cortando flores, aunque llueva, y por la noche en la almena contando las estrellas: eso lo sabe cualquiera que lea cuentos—, y llegaron ellos. La princesa se llevó un susto de muerte al verlos.

—¡Ahhhh! —gritó ella.

—¡Guirriti-guirriti-guirriti! —dijeron ellos, que quiere decir: «Ya el profeta de los piratas nos ha escuchado y se ha dignado concedernos: primero, que lloviera; segundo, que no nos vieran; tercero, que tuvieran abierta la puerta del castillo, y cuarto, que la princesa estuviera sola en el jardín. ¡Qué bueno es el profeta de los piratas!».

La princesa Blancaflor no entendía

ni una sola palabra de la lengua pirata. Al oír los gritos y verlos con esas pintas tan malas, se asustó y pensó: «¿Qué puede hacer una princesa como yo en un caso así? Lo mejor es no verlo».

Tiró el paraguas, se tapó los ojos y, ¡plaf!, se desmayó. Su cuerpo quedó entre las flores del jardín, que le hicieron de colchón. Los ruiseñores la llamaban asustados al verla dormir a tales horas del día. Los piratas se quedaron impresionados por su hermosura —las princesas de los cuentos son bellísimas, como sabéis, y más así, tumbada entre las flores y con las gotas de lluvia en su cara—. Y dijeron los piratas:

—¡Trakala-traka! —que quiere decir: «Ya el profeta de los piratas nos ha escuchado y...». Bueno, abreviando: «¡Qué guapa es esta princesa! ¡Jo!».

Cargaron con ella sin dificultad, pues pesaba poco y ellos eran fuertes.



No tuvieron problemas para huir, salvo que tropezaron dos veces con los enormes pies de ¡Eh, Tú! Pasaron tranquilamente delante de los guardias y los perros de la princesa, pues, como era la hora de la siesta, dormían como troncos en los pasillos y puertas del castillo.

¡Cómo iban ellos a imaginar que ocurriera aquello, si nunca pasaba nada en ese reino tan aburrido, quitando el día del santo del rey, que había fuegos artificiales, y cuando la mujer del caballero se volvía loca y decía que veía volar a las vacas del tío Sebastián! Con lo que les hubiera gustado a los perros ladrar fuerte y salvar a la princesa. Para que luego la niña les acariciara la cabeza con esa manita de terciopelo que tanto les gustaba.

Pero dormidos estaban, dormidos se quedaron y no se enteraron. Lo descubrieron cuando los demás, al empezar

a sonar los cañonazos. Porque ésa fue otra. Además de lo mal que se portaron raptando a Blancaflor, una vez en el barco, el capitán pirata gritó:

—¡Ronto-rotonto! —que quiere decir: «Ya el profeta nos ha escuchado y...», bueno, lo que sigue. Y luego: «Se van a enterar de lo malo que soy yo, ¡Amón Sufú Caradura y Feuz!».

¿Y qué diréis que hizo? Antes de irse, ordenó tirar un montón de cañonazos sobre la playa para que no pudieran bañarse los de allí. Y quedó la playa rota, a borbotones, con las piedras descolocadas por encima de la arena, que salió volando asustada a esconderse dentro del mar. Todo un desastre ecológico.

Los piratas, mientras tanto, orgullosísimos de su maldad, pusieron proa a su tierra y el barco izó las velas. Después se perdió en el horizonte, ese lu-

gar que hay cuando miramos a lo lejos en el mar, que es como una línea recta en la que se juntan el cielo y el agua para hablar de sus asuntos.

2 El viaje por mar

DURANTE el viaje por mar, en el barco pirata, la princesa Blancaflor lo pasó muy mal. Pero vayamos por partes y contémoslo poco a poco para que podáis enteraros mejor.

Al subir al barco, los piratas la encerraron en un cuarto que llamaban «el de las ratas». Aunque eso no fue tan malo, porque no había ratas. Hubo en otros tiempos, pero se habían largado a otros barcos por lo mal que se comía allí. En el cuarto aquel sólo quedaban dos ratones chiquitines. Al verla entrar, los ratones se metieron dentro de un viejo zapato pirata —babuchas se llaman los zapatos de estos señores—. Los

ratones tenían miedo de las personas, porque desde el suelo les parecían altísimas. Por eso se escondieron sin hacer ruido, y la princesa ni se enteró de que estaban allí.

Lo peor era el mareo que entraba en aquel barco: se movía de un lado para otro como si estuviera borracho. Se movía más que las norias gigantes, más que las ruedas de una bicicleta y más que una pelota en las manos de un niño travieso.

Blancaflor, al despertar de su desmayo y ver cómo se movía aquello, gritó que pararan el barco, que se quería bajar. Pero no le hicieron caso, claro. ¡Qué mal lo pasó! Tenía el estómago revuelto. Le subía y le bajaba lo que tenía por dentro: la leche y los cereales del desayuno, los macarrones de la comida, y unas galletas con chocolate que se había tomado para merendar. Pensad

que os pasa a vosotros, que os raptan los piratas y os llevan a un barco que se mueve, y veréis como también os mareáis.

Cuando peor estaba la princesa, entró ¡Eh, Tú! con una bandeja llena de comida que olía fatal. No os podéis imaginar lo que comían en aquel barco. Para desayunar, leche de burra y dátiles agrios con una ensalada de cardos de los que pican. Para comer, pescado crudo, pata de camello con pelo al horno, salsa de arena y, de postre, cangrejos de mar, de los negros, sin pelar y sin matar. Como estaban vivos, al meterlos en la boca daban pellizcos en la lengua y hacían ver las estrellas sin que fuera de noche. Y para cenar les daban lo que había sobrado, y eso que a veces no sobraba comida.

¡Fijaos lo poco que le gustaría aquello a la princesa de la piel de avellana!

Ella estaba acostumbrada a comer deliciosos manjares: helados, pasteles, tartas, chocolates, flanes, y dulces deliciosos que le preparaba la cocinera de palacio.

Al ver lo que le traía ¡Eh, Tú!, le dijo que no lo quería, que eso se lo diera a su tía. A ella le apetecía un helado de tres gustos en copa alta y con pajita para sorber.

¡Eh, Tú! se quedó sorprendido al oírla. ¿Qué sería eso que pedía?

—¡Que te he dicho que quiero un helado de tres gustos, cara de lechuga!

¡Eh, Tú! se lo contó al capitán pirata, quien, al oírlo, soltó otra palabreja de las suyas, muy difícil de traducir, que era así:

—¡Terque-teterque-erque! —que quiere decir: «Ya el profeta de los piratas nos ha mandado una princesa lo-

quísima que pide helados de tres gustos en mitad del océano».

Total, le tuvo que decir que no tenían y Blancaflor le tiró un zapato que casi le da. ¡Eh, Tú!, como era el encargado de cuidar a la princesa durante el viaje porque era el único que sabía hablar su idioma, pasó muchos sudores. Blancaflor era caprichosa —ya se sabe cómo son las princesas— y le hacía encargos de aúpa en medio del mar:

—¡Quiero plastilina y juguetes! ¡Quiero vestiditos de colores, estrellas, caballitos, flores, zapatos de cintas, un reloj para saber la hora que es, doscientos o trescientos cuentos, sábanas limpias, que me hagas las trenzas, que me las deshagas, que no me quiero bañar, que eres un tonto cara de lechuga, que no me da la gana, que ahora no respiro y me muero y vas a ver...! Etcétera, etcétera.

Y ¡Eh, Tú! se las veía y se las descaba con ella. Para que comiera, le tenía que contar cuentos, matar los cangrejos, pelárselos, hacerle un columpio con unas cortinas y jugar con ella a los caballitos, por lo que le dolía la espalda por la noche.

Y es que la princesa Blancaflor, aunque ya estaba en edad casadera, era como una niña. Si os habéis fijado en los cuentos, las princesas son siempre unas niñas, desde que nacen hasta que son niñas mayorcísimas de noventa años.

Un día, Blancaflor se enfadó porque le llevaban la contraria, se subió a cubierta y se tiró al agua. Y al verlo, los piratas se tiraron detrás para salvarla. Dijeron:

—¡Rasca-larrasca! —que quiere decir: «Ya el profeta de los piratas ha dejado que la princesa raptada saliera de

su cuarto, se acercara a cubierta...». Abreviando: «¡Princesa al agua!». Y se tiraron.

La princesa, como sabía nadar muy bien, nadó alrededor del barco y luego subió por una escalera que había al otro lado. Pero los piratas que se tiraron detrás de ella no sabían nadar y para sacarlos del agua fue un verdadero lío.

Aparte de ese pequeño incidente, el viaje fue aburrido. En ese barco, y en aquella época, no tenían radio, ni cassette, ni videojuegos, ni tenían libros de cuentos para entretenerse leyendo, que es como mejor se lo pasan los niños.

Y luego estaba el problema de los domingos. A la princesa de la piel de avellana le daba por acordarse de su mamá, y se ponía triste y lloraba —las reinas dan siempre un beso a las princesas el domingo, ya que el resto de la

semana están ocupadas en recepciones con embajadores de países lejanos—. Y como su mamá no venía a darle el beso semanal, Blancaflor cantaba una canción muy triste. A los piratas les daba mucha pena y lloraban, pero bajito y a escondidas porque les daba vergüenza que los vieran llorar siendo piratas tan mayores. La canción que cantaba la princesa era así:

CANCIÓN DEL BESO
DEL DOMINGO

*Lloro porque estoy muy triste
aquí en mitad de la mar,
y sale agua de mis ojos
y no la puedo parar.*

*Atrás quedó mi palacio,
mis muñecas y mi hogar,*

*y mis perros y mis dueñas,
y ahora nada tengo ya.*

*Las nubes van por el cielo
el pez en el agua está,
y el canto de esta cautiva
el aire lo llevará.*

*Lo que más echo de menos,
además de a mi papá,
es el beso del domingo
que me daba mi mamá.*

Dos veces estuvo a punto de naufragar el barco, a causa de las lágrimas que inundaban la cubierta. Y los piratas pasaban unos domingos malísimos, sacando a cubos el agua y echándola al mar.

Un domingo, tratando de solucionar el problema, los piratas hicieron que ¡Eh, Tú! se disfrazara de madre y en-

trara cariñoso a dar un beso a la niña; llevaba unas flores en la mano y una corona para parecer una reina. Pero Blancaflor lo notó enseguida, al ver aparecer el primer pie de ¡Eh, Tú! en la puerta, y le dijo:

—¡Vete de aquí, que eres tonto de capirote, cara de lechuga!

Los demás días de la semana eran tranquilos, y la princesa aprovechaba para aprenderse las cosas del barco, zascandileando de acá para allá y registrando cada rinconcito. Así fue como un día se encontró un importante papel. Veréis lo que pasó.

Una mañana que Blancaflor estaba jugando en el sótano pequeñajo del barco, encontró una botella vieja llena de polvo que contenía algo en su interior. La limpió y vio que era un papel. Metió el dedo para cogerlo, pero se le quedó enganchado dentro y no podía sa-

carlo. Tuvo que darse jabón. Luego metió un palo largo y sacó el papel, lo estiró y lo limpió porque estaba arrugado y sucio, y leyó lo que ponía:

En el sitio donde se va a cuatro patas, que más huele a pies del mundo, dentro de uno de los dos hermanos gemelos, pero no iguales, que van por el suelo, allí está el plano del tesoro. El que lo encuentre, para él.

—¡En mi cuarto antes andaban las ratas, a cuatro patas, y huele a pies! ¡Es en mi cuarto! ¡Tengo que encontrarlo!

Fue corriendo a su cuarto y se puso a descifrar el lioso mensaje:

—En el sitio donde se anda a cuatro patas... (eso ya lo tengo) ... que más huele a pies del mundo... (también lo tengo) ... dentro de uno de los hermanos gemelos,

pero no iguales... (¿qué querrá decir?) ... que van por el suelo...

Se puso a buscar: movió la vieja palangana, las sillas rotas, los sombreros piratas con agujeros del rincón, el arca llena de trapos sucios, las escobas destrozadas, las espadas viejas que ya no cortaban y montones de objetos rotos e inservibles.

En su vida había trabajado tanto. Lo movió todo, veinte veces, de un lado para otro, y nada. Al final se sentó agotada en su cama a descansar un rato.

¿Dónde podría estar el dichoso plano? Fue entonces cuando vio un viejo zapatón de pirata moverse por el suelo. ¡Qué susto se llevó! Dio un grito tan fuerte que dos ratones salieron corriendo del zapato, muertos de miedo. Éstos eran los que lo movían, intentando cruzar la habitación sin ser vistos. La princesa, desde lo alto de la cama y



mordiéndose las uñas, una vez que se le pasó el miedo, se dio cuenta de que el zapatazo se había quedado en mitad del cuarto. Entonces recordó lo que ponía el papel que había dentro de la botella:

—... *que más huele a pies del mundo... y dentro de uno de los hermanos gemelos, pero no iguales... que van por el suelo...* ¡Claro, dentro de un zapato! ¿Cómo no me había dado cuenta antes? —se dijo la princesa, encantada del descubrimiento.

Sin pensarlo un momento, fue hasta el zapato y le dio un par de escobazos fuertes, por si había dentro algún ratoncillo. Metió la mano —con miedo, la verdad— y encontró un pergamino enrollado. Lo estiró emocionada y vio el dibujo del plano de un tesoro.

En el plano había escritas, al prin-

cipio, cinco frases, para atemorizar a quien lo encontrara. Ponía:

TONTO EL QUE LO LEA

IDIOTA EL QUE ME TOQUE

SUÉLTAME, QUE QUEMO

AL QUE SE ATREVA A DESCIFRARME,
LO CASTIGARÁN LOS MONSTRUOS
GUARDATESOROS

Y SE LO PIENSO DECIR A TU PAPÁ

Pero la princesa se dio cuenta de que eran frases de las que se dicen a los niños para que no toquen nada y se desmoralicen. Y no hizo caso.

Total, abrió el papel y vio el plano, que era un dibujo un poco raro. Bueno, un poco no: muy, muy raro. Rarísimo.

Blancaflor pasó horas dándole vuel-

tas y más vueltas a aquel plano tan extraño, sin entenderlo. Le dolía la cabeza. No había quien comprendiera aquel dibujo.

—¡Vaya un lío! Me parece que voy a quedarme sin tesoro —dijo.

Llamó a ¡Eh, Tú! y le preguntó si en el barco había algún pirata listo que supiera resolver enigmas y planos complicadísimos, y ¡Eh, Tú! dijo que no, que en el barco nadie sabía descifrar planos, pero que en el castillo donde iba a vivir había un cocinero muy listo. Antes de cocinero había sido fraile cristiano, y hacía años lo habían raptado los piratas de su convento. Este cocinero sabía catorce idiomas, y hacía unas comidas muy ricas.

Prometió decirle quién era cuando llegaran. A cambio, ella no le tiraría más zapatos a la cabeza cada vez que

le llevase la comida. Y en adelante se lo comería todo sin protestar.

Mientras tanto, el pirata Amón Sufú Caradura y Feuz, como le gustaba mucho la princesa, quería hacerse novio formal de ella. Se vestía cada día con lo mejor que tenía y se iba a dar una vuelta cerca de su cuarto para impresionarla. Pero nada.

Ella, en cuanto lo veía, cerraba la puerta, porque le caía mal. Era feísimo, y con las ropas esas brillantes que se ponía, llenas de plumas, capas, fajas, chalequillos y lentejuelas, parecía el anuncio de un circo, y daba mitad miedo, mitad risa. En una oreja llevaba un aro enorme donde se columpiaba constantemente un mono pequeño. Y la princesa no quería tener un novio tan raro, y con un mono en una oreja.

Y sin más incidentes dignos de mención, un buen día llegaron a África.

Allí vivía el pirata cuando no andaba por el mar en un barco tirando cañonazos y raptando princesas para entretenerse.

3 *La llegada a África*

UN lunes por la mañana, el vigía que estaba en lo alto del palo mayor del barco pirata gritó:

—¡Cara-cascara-casca! —que si tenéis buena memoria, es una palabreja pirata que ya salió en el primer capítulo de esta historia y que significa: «¡Tierra!».

El barco llegó hasta el puerto, y la princesa se dio cuenta de que aquel sitio estaba lleno de familiares de piratas. Iban al puerto a recibir a los que venían de robar a los cristianos, a ver qué les habían traído. Madres, mujeres, hijos, abuelas, y hasta los vecinos.

Los piratas bajaban con los botines

conquistados y sus familiares los recibían felices. Todos menos la madre de ¡Eh, Tú!, una mujer altísima que, al verlo, le dijo:

—¿Gumu-rulu-gumulu?

—¡Nimi-tinimi! —contestó él.

Que quiere decir: «¿Qué me has traído, hijo querido?». «Nada de nada, mamá».

Y ahí empezó el jaleo. Él le dijo que no había tenido tiempo de robar porque el capitán le había puesto a cuidar de una princesa. Su madre contestó que era el pirata más tonto que había conocido, que si no le daba vergüenza venir sin monedas de oro, ni sedas, encajes o algo bonito que se pudiera vender, como hacían los piratas, y que esta vez se iba a ganar una paliza, por tonto. Y ¡Eh, Tú! tuvo que salir corriendo y esconderse dentro de una tinaja. Su madre se cansó de buscarlo y se

marchó de allí enfadadísima por tener un hijo pirata que nunca robaba.

El gran pirata —Amón Sufú Caradura y Feuz— mandó organizar la caravana que iría desde el puerto hasta su castillo, cruzando el desierto. A Blancaflor la subieron en un camello muy alto. Miraba para abajo y le daba miedo caerse. Todos los demás montaron en unos camellos más bajitos, y Amón, como era el más importante, iba en un caballo blanco. Detrás, unos carros cargados con lo que habían robado los piratas, y la comida y el agua para el viaje. Y al final quedó ¡Eh, Tú! montado en un viejo burro.

Era el único pirata que no tenía camello, ni caballo, ni carro. Desde pequeño siempre había montado en un burro delgaducho al que se le notaban las costillas, y de muy mal genio. En cuanto se le arrimaba una mosca a la

oreja y le empezaba a dar la lata, se ponía a brincar y tiraba por el suelo a ¡Eh, Tú! Sin embargo, éste le había cogido cariño, y eran buenos amigos —si es que se puede ser amigo de un burro con tan malas pulgas—. Se llamaba Rebuznón, porque daba unos rebuznos de aquí te espero, y lo peor es que los daba por la noche, de tal manera que no dejaba dormir a nadie, y se ganaba buenos palos. Más de un día Rebuznón amaneció con un trapo atado en la boca, para que no despertara a la gente y pudieran dormir en paz.

Llegó el momento de partir y empezó a andar la caravana por el desierto. La princesita se sorprendió de la cantidad de arena que había allí, más que en todas las playas del mundo juntas. Como hacía mucho calor, sudaban y tenían mucha sed. Pero sólo podían beber agua dos veces al día para que no



se les acabara, ya que en los desiertos no hay bares donde se pueda entrar a pedir un refresco. Aunque administraban el agua con cuidado, se les terminó antes de lo previsto porque se perdieron y se fueron por otro camino, y en vez de tardar una semana en llegar, tardaron dos. Así que tenían todos una sed de aúpa.

La pobre princesa se acordaba de las fuentes de su palacio, de las que colgaban chorros de agua que al caer levantaban gotitas en el aire y le rozaban la cara. ¡Ay, si pudiera meterse de cabeza debajo de la cascada grande! ¡Ay, si pudiera abrir sus labios en esa que hay un pez y que sale el agua por su boca abierta! ¡Ay, si pudiera meter los pies en el charco de delante del estanque, como lo hacía en su palacio! Pero nada.

Allí sólo había sol y arena, arena y

sol, sol y más sol. Claro, por eso estaban tan morenos, porque por entonces no había cremas de esas protectoras que nos dan cuando vamos a la playa para que no se nos queme la espalda ni nos salgan heridas.

Y así fueron viajando días y días hasta que, de pronto, vieron a lo lejos un oasis. ¡Qué sorpresa tan grande se llevaron! Allí había unos pozos de agua fresca, hierba para tumbarse a descansar y unas palmeras que daban una sombra estupenda. Era un sitio precioso, como esos que salen en los anuncios turísticos de las agencias de viajes para ir de vacaciones en verano.

Bebieron el agua que quisieron y llenaron los cacharos que tenían para el resto del viaje. Descansaron un poco, comieron unos dátiles y, cuando estaban dispuestos a salir, ocurrió el epi-

sodio de la burra. Os lo voy a contar a continuación.

Estando allí, llegó al oasis otra caravana, y con ellos venía una burra, muy mona ella. En cuanto Rebuzzón y ella se vieron, se enamoraron —los burros también se enamoran cuando se gustan, como las personas mayores—, empezaron a lanzar unos rebuznos de aquí te espero, y todos se tuvieron que tapar los oídos. Y lo peor fue que ninguno de los dos se quería ir de allí sin el otro.

Montó ¡Eh, Tú! en el burro, para salir con los de su caravana, pero el burro no quería irse sin la burra. ¡Eh, Tú! se lo pidió hasta de rodillas, pero nada.

Estaban preocupadísimos sin saber qué hacer, hasta que el burro se salió con la suya. Amón Sufú Caradura y Feuz dijo:

—¡Lama-talamá! y ¡Morco-lomor!

—que quiere decir: «¡Qué viajecito!» y «Llevamos aquí una hora haciendo el burro con el burro este».

Después decidió comprar la burra.

Y allí iban cerrando la marcha de la caravana los dos burritos, con ¡Eh, Tú! Delante iban los carros y toda la camellada. La princesa, cansada de camello, iba ahora en un carro, pensando en su maravilloso plano. Deseaba llegar al castillo del pirata, localizar al fraile, encontrar el tesoro y, con el dinero, conseguir su libertad y volver a su palacio. Ya estaba más que harta de mar, de aventuras, de desierto, de burros, de piratas y de tanta arena.

Como iba aburrida, se puso a cantar una canción de cautiva. Al oírla, a los camellos de la caravana se les cayó la baba de emoción. Y es que los camellos eran grandones por fuera, pero también tenían su corazoncito por dentro.

LA CANCIÓN
DE LA CAUTIVA

*La vida de una cautiva
es muy triste y dolorosa,
pues hay que andar entre arena,
y no en jardines de rosas.*

*La vida de una cautiva
está muy llena de penas,
pues son malas las comidas
y son peores las cenas.*

*La vida de una cautiva
es muy dura de llevar,
un día cruzas un desierto
y otro día cruzas el mar.*

*La vida de una cautiva
te da ganas de llorar,
y las penitas que tienes
salen en este cantar.*

El caso es que la princesita, después de terminar la canción, se puso muy triste, y unas lágrimas resbalaron por su piel de avellana. Entonces pasó algo sorprendente que los dejó maravillados. De las lágrimas de la princesa sobre la arena, fueron naciendo millones de pequeñas flores. Y según avanzaban iba quedando, detrás de ellos, una fila de flores de colores en mitad de la arena del desierto. Y la princesa siguió llorando, y las flores siguieron naciendo durante un largo rato.

Desde entonces se conoce aquel lugar con el nombre de El Jardín del Desierto, por las flores que hay a lo largo del camino formando una alfombra de bellos colores para disfrute de las caravanas que pasan por allí.

4 En el castillo del pirata

UNOS días después llegaron al castillo del capitán pirata. Comparado con el viaje en barco y a través del desierto, a la princesa le pareció que el castillo no estaba tan mal. Tenía varios patios con naranjos, fuentes de las que sale el agua y cae en racimos, arcos para entrar y salir de un patio a otro, y baldosines pequeños que adornaban las paredes y las puertas formando mosaicos con dibujos. Había palmeras por todos los sitios, hasta debajo de las camas, aunque éstas eran chiquititas. Las de fuera eran altísimas, con hojas gigantes que daban sombra en los patios.

«Se ve que este pirata se pega la gran

vida con lo que le roba a los cristianos —pensó la princesa—. En cuanto pueda, voy en busca del tesoro que viene en el mapa y se lo quito. ¡Que se fastidie!»

Llevaron a la princesa a ver sus habitaciones y le presentaron a las dos señoras que iban a cuidar de ella. Después, la princesa bajó a la cocina a buscar al fraile que ¡Eh, Tú! le había dicho que estaba en el castillo.

La princesa vio que en la enorme cocina había decenas de personas haciendo comidas, entre cazuelas gigantes y grandes cucharones de madera para darle vueltas a lo que cocinaban. Los cocineros, mientras hacían la comida, cantaban a coro:

CANCIÓN
DE LOS COCINEROS

*Hay que darle vueltas
con el cucharón
a los macarrones
del gran cazuelón.*

*Arroz de primero;
luego, un filetón,
y al final, de postre,
un gran pastelón.*

*Es muy divertida
esta profesión
de pelar patatas
y cortar jamón.*

*Somos cocineros
del pirata Amón,
por eso cantamos
siempre esta canción.*

Blancaflor aplaudió cuando terminaron, pues habían cantado muy bien, y luego fue pasando al lado de los cocineros diciéndoles, en voz baja, la consigna que se dicen los frailes cuando se encuentran en los conventos y van con la capucha del hábito bajada para reconocerse unos a otros.

—*Morir habemus* —decía ella bajito a los cocineros que encontraba, y ellos la miraban pensando que estaba un poco loca por decir palabras tan raras en un castillo pirata en mitad del desierto.

De pronto, uno viejecito, con cuatro pelos de punta en mitad de la cabeza, una nariz grandona como de boxeador y unas orejas como antenas parabólicas de televisión, se acercó a la princesa y le contestó bajito:

—*Ya lo sabemos.*

Ella se alegró al escuchar aquello, pues ésa era la segunda parte de la con-

traseña de los frailes, y se dio cuenta de que por fin había conseguido encontrarlo. Entonces, le hizo una seña para que la siguiera. Se escondieron detrás de una caldera grandona donde se cocían patatas con carne. La princesa le contó al fraile lo que le había pasado: que los piratas la habían raptado por las malas, que la habían traído por el mar en un barco y por el desierto en un camello, y lo mal que lo había pasado en el viaje. Y le contó también que le causaba una gran pena estar lejos de su casa y de sus papás. Del tesoro no habló nada, pues había gente cerca y podían oírla. Además no se fiaba de él, ya que apenas lo conocía.

El fraile le dijo que había vivido en un convento no lejos de su palacio hasta que lo raptaron, y llevaba allí años prisionero haciendo comidas y cenas para el pirata Amón y su familia. Que



no tuviera miedo, porque él la ayudaría en lo que hiciera falta hasta que su padre pudiera pagar el rescate.

—Pues esta vez el dinero se lo vamos a quitar nosotros a ellos —le dijo la princesa—. Ahora no puedo, pero otro día le explicaré un fabuloso plan que tengo, señor fraile —añadió fiándose un poco más de él.

Y la princesa se marchó de la cocina, dejando preocupado al fraile.

«Una princesa que está prisionera de los piratas y dice que quiere quitarles el dinero, nada más llegar a su castillo, es que puede haberle dado demasiado el sol en la cabeza durante el viaje por el desierto», pensó el fraile.

—¡Con lo difícil que es robar a un pirata! —dijo en voz alta sin querer, escapándosele el pensamiento de la cabeza. Miró a un lado y a otro asustado por si lo habían oído, aunque luego

pensó que daba igual, porque los demás cocineros estaban a lo suyo, y como no entendían su lengua, no se habrían enterado de nada aunque lo oyeran. Así que, ya más tranquilo, cogió un cuchillo y un tenedor gigante y siguió cortando carne para el guiso de la noche.

Durante los dos primeros días, la princesa se dedicó a visitar los aposentos del castillo y sus alrededores. Intentó ver otra vez al fraile, pero no fue posible, ya que no le dejaron entrar en la cocina.

Al tercer día recibió una nota en la comida, dentro de una empanadilla, en la que ponía:

Morir habemus. Esta noche, cuando se meta la luna detrás de la torre alta del castillo, quedamos debajo de los sauces llorones.

Lo malo fue que Blancaflor casi se traga la nota; pues cuando se dio cuenta de que era un papel, ya lo estaba masticando. A partir de ese día, comía con cuidado, pues el fraile le mandaba las notas dentro de la comida. Un día dentro de un plátano, otro en un huevo frito, y hasta en un bocadillo de mantequilla, que se puso perdida la princesa al limpiarlo.

Así que Blancaflor esa noche, cuando la luna se escondió a descansar un rato detrás de la torre alta, salió despacito de su habitación, para no despertar a las dos criadas que le habían puesto para cuidarla, Zarraspa y Amanda, que dormían a su lado.

La princesa llegó al jardín de los sauces y fue andando al lado del arroyuelo, hasta que oyó:

—¡Aquí, estoy! ¡Soy yo, el fraile, que voy disfrazado!

Se acercó el fraile a la princesa con una rama de árbol en la cabeza para que no lo vieran, y le dijo la consigna de siempre:

—*Morir habemus.*

—*Ya lo sabemos* —contestó bajito ella para que no los oyera nadie, no sin llevarse antes un buen susto al ver un árbol que hablaba.

Se escondieron detrás de unos setos y ella le contó lo que le había pasado desde que la raptaron y cómo encontró el plano del tesoro. Le dijo que había pensado que él podría interpretar el plano y entre los dos podían cogerlo, escapar del castillo, comprar un barco para volver a su tierra y llevarse el resto del tesoro a su casa.

El fraile se quedó sorprendido, y le pareció bien el plan, ya que él era un experto en descifrar planos porque había estudiado libros de tesoros escondidos.

didos cuando estaba en su convento. Le pidió que le diera el plano para estudiarlo y ella le dijo que no se había atrevido a traérselo esa noche por si la descubrían y se lo quitaban.

Estuvieron un rato pensando cómo podría hacérselo llegar. Quedaron en que Blancaflor lo llevaría a la cuadra donde estaba el burro de ¡Eh, Tú! Lo dejaría escondido debajo del lugar donde le echaban la paja para comer y él iría a recogerlo allí.

A la mañana siguiente, la princesa se levantó temprano, cogió el plano del tesoro y se acercó hasta la cuadra de los burros. Se escondió para que no la vieran, aprovechando que ¡Eh, Tú! había sacado fuera al burro para lavarlo y limpiarlo bien. Rebuznón nunca se dejaba bañar y daba unas coces tremendas al que lo intentaba. Pero, desde que se había echado de novia a la burra que

se encontró en el oasis, se quería lavar diariamente para estar guapo y aseado.

Entró Blancaflor de puntillas en la cuadra, miró a la burra y le dijo:

—¡Chiss! —llevándose un dedo a la boca, que es como se dice en todos los idiomas «¡No hagas ruido!». Se acercó al comedero del burro y metió el plano debajo de la paja.

A mediodía el fraile fue a recogerlo, y ahí empezaron las complicaciones. El burro, limpio y aseado, ya estaba de vuelta en la cuadra, al lado de su novia, y no dejaba que nadie metiera las manazas sucias en su comida. ¡Faltaría más! Casi le muerde cuando lo intentó.

El fraile trató de acercarse de varias maneras: disimulando, tratando de acariciarle, cantándole una canción, amenazándolo con un palo, pero no era posible. No sé si habéis intentado alguna vez que os obedezca un burro; pero os

aseguro que cuando un burro se enfada, no hace caso a nadie.

—¡Animal! ¡Burro, más que burro! —le dijo el monje enfadadísimo.

A lo que el burro respondió con un rebuzno que le dejó medio sordo, y que traducido al lenguaje humano quería decir:

—¡El burro lo serás tú! ¡Feo, más que feo, orejas de punta y calvorota!

Después de pensarlo un tiempo, al fraile se le ocurrió una idea. Llegó hasta la burra, la cogió del pescuezo y la sacó hacia el patio. Como la burra era muy amable, se dejó y no protestó.

El burro, al ver que su novia se iba con otro, salió corriendo detrás. Entonces el fraile entró y cerró las puertas por dentro, dejando a los dos burros fuera.

—¡Menos mal que lo he engañado!

—dijo con otro pensamiento que se le escapó.

Llegó hasta el comedero, revolvió en la paja y encontró el plano que le había dejado la princesa. Salió por una ventana por miedo a que al abrir la puerta el burro le hiciera alguna burrada. La ventana era alta y cayó de cabeza, dándose un golpe morrocotudo contra una piedra grande que había allí debajo.

—¡Qué se le va a hacer! —dijo—. El caso es que tengo el plano. Y como mi cabeza es tan dura, no me he hecho daño. Me parece que he roto la piedra.

Y se fue de allí corriendo con el plano en la mano. Al llegar a la cocina, se metió dentro de una olla grande, la que usaban siempre para hacer la sopa de fideos. Allí, sin que lo viese nadie, desenroscó el plano y se puso a descifrarlo con una mano, mientras se tocaba

con la otra el chichón que se había hecho con la piedra.

Recordaréis cómo era el plano que encontró Blancaflor en el barco de los piratas. Primero vio las frases: *Tonto el que lo lea, Idiota el que me toque, Suéltame, que quemo, Al que se atreva a descifrarme...*, etcétera, etcétera.

Luego llegó al dibujo del plano y vio que era complicado. Era el plano de un tesoro, no había duda, y estaba en aquel castillo, pero... ¿Dónde? El dibujo era raro y no se entendía nada. Y las palabras que ponía al lado, más raras aún.

Le dio vueltas y vueltas al pergamino, sin encontrar la solución. Sólo una cosa estaba clara: el tesoro estaba escondido y era peligroso llegar a él. Eso se veía con claridad en el mapa, y era lo normal en cuestiones de tesoros: escon-



derlos bien para que no los encontrara nadie.

Estaba el fraile cavilando con el plano en la mano, cuando le ocurrió algo que le sentó fatal. Como era la hora de hacer la comida, echaron dentro de la olla el agua y los fideos para la sopa del día. Y el pobre salió de allí hecho una sopa, protestando.

Le dijeron que ése no era sitio para echarse la siesta, que no se quejara, y que se pusiera a trabajar. Se secó y escondió el plano en sitio seguro hasta que terminaran de hacer la comida y pudiera seguir estudiándolo otro rato.

Durante el día estuvo mirando el plano. No logró entender lo que ponía en las raras palabras escritas al lado de las cruces del dibujo, ya que no correspondían a ninguna lengua conocida. Hasta que de pronto descubrió el secreto. ¡Las palabras estaban escritas al re-

vés! Así, *ollitsac* significaba *castillo*, *ozobalac* era *calabozo*, y las demás palabras había que leerlas al revés. Al descubrirlo, no tardó mucho tiempo en entender su contenido. Entonces le mandó a la princesa un mensaje secreto en una croqueta de la cena en la que ponía:

Morir habemus. Ya lo tengo. En los sauces al esconderse la luna esta noche.

La princesa leyó el papel, después de atragantarse con él. Le pasaba siempre con los mensajes que le mandaba el fraile.

Acabó la cena y se fue a su dormitorio. Cuando llegó la noche, se durmieron Zarraspa y Amanda. La princesa salió deprisa y se reunió con el fraile en el sitio de costumbre. Éste le dijo que al fin había descubierto lo que

ponía en el plano. Ante el asombro de la princesa, le leyó lo que había que hacer para encontrar el tesoro:

Bajar a los sótanos del castillo, pasar por el calabozo de las serpientes y por dentro de las jaulas del león y del oso. Cruzar el lago pequeño, teniendo cuidado con los cocodrilos que muerden. Salir al pasillo de las hormigas carnívoras. Por allí se llega hasta el cuarto de los monstruos. Al pasar ese cuarto está el tesoro. Pero es mejor no intentarlo: ¡PELIGRO DE MUERTE!

5 Jonathan, el héroe

AL contarle el fraile lo que ponía en el plano, la princesa se puso muy triste. ¡Cualquiera se atrevía a sacar el tesoro de su escondite con tantos peligros! Ella era una princesa delicada, y el fraile un hombre viejecito que no servía para aventuras peligrosas. Y allí no conocían a nadie que pudiera ayudarlos.

—¿Cómo vamos a sacar el tesoro de ese lugar tan peligroso? —preguntó la princesa con voz triste.

—Para eso nos hace falta un héroe, no hay duda. En casos difíciles, son los héroes los que sacan de apuros —dijo el fraile.

—¿Un héroe? —preguntó ella—. ¿Y de dónde vamos a sacar nosotros un héroe?

—Yo conozco uno que vive aquí cerca y es muy valiente. No es pirata, fue traído prisionero hace años, cuando era pequeño. Y se lo dieron a tus criadas, Zarraspa y Amanda, para que lo cuidaran. Gana los torneos que se hacen en el castillo, y al que le pide un favor, aunque sea peligroso, se lo hace. Se llama Jonathan, y es joven y fuerte.

A la princesa le pareció buena idea, y quedaron en que había que tratar de conseguir que Jonathan los ayudara en su proyecto.

Al día siguiente, la princesa les dijo a sus criadas —Amanda y Zarraspa— que quería ir a dar un paseo, y comer en el campo. Que le gustaría que fuera con ellas Jonathan para que las protegiese, pues había oído decir que era

muy valiente. Ellas estuvieron de acuerdo, y prepararon lo necesario para la excursión. Al mediodía vino Jonathan a buscarlas y salieron los cuatro del castillo.

A Blancaflor le pareció que Jonathan, además de ser un héroe, era muy guapo y simpático. Y se puso a imaginar la forma de convencerlo para que la ayudara a conseguir el tesoro.

Empezaron a andar y andar. Zarraspa, que llevaba un vestido grandísimo, se lo iba enganchando en las zarzas y espinas del camino, por eso se quedaba atrás. Delante iban Amanda, la princesa y Jonathan con la cesta de la comida.

Siguieron caminando hasta llegar a un hermoso oasis que había cerca del castillo. Se sentaron a la sombra de una palmera de cocos, junto al lago, y prepararon la comida. Pero, al empezar a

comer, ocurrió algo que hizo atragantarse de miedo a la princesa.

De pronto, de detrás de un montón de arena, salió un león grandísimo, con la boca abierta y cara de hambre. Se quería hacer un bocadillo con ellos.

La princesa se llevó un susto tremendo —imaginaos si os encontráis vosotros de pronto un león hambriento, el susto que os llevaríais—. Jonathan, al verlo, se puso delante de ella, sacó su espada y gritó al león:

—¡Ven aquí si te atreves, cobarde!

Y el león, al ver la espada y oír al héroe, salió de allí corre que te corre.

—¡Qué valiente es! —dijo la princesa por lo bajito, para que él no la oyera—. Es justo el héroe que necesito para rescatar el tesoro y poder volver con mi papá y mi mamá, que estarán preocupados al ver que pasan los días y no vuelvo a casa.



Cuando regresaron al castillo, se acercó a la cocina y le hizo una seña al fraile desde la puerta para avisarle que le había dejado un mensaje en la cuadra del burro de ¡Eh, Tú! El fraile fue, se ganó un par de coces y consiguió coger el papel y enterarse de lo que había pasado con Jonathan. La princesa le encargaba que hablara con el héroe y lo convenciera de que los ayudara.

Al llegar la noche, ¡Eh, Tú! fue a llevarle la cena a la princesa en una bandeja, como hacía siempre. Pero ella no estaba en su habitación. Le había dado el capricho romántico de tumbarse en la torre, a la luz de la luna, para contar las estrellas del cielo y suspirar al aire recordando a sus papás, como hacen las princesas raptadas del mundo entero. Así que ¡Eh, Tú!, como no la encontró en su cuarto, se puso a buscarla por el castillo, bandeja en mano, dando vuel-

tas por pasillos y almenas. Como tenía un hambre de mil diablos, era un tormento chino ir con una bandeja llena de comida y con las tripas vacías.

Y sin poder resistir la tentación, cogió un buñuelo que estaba diciendo «comedme» y se lo comió. Bueno, ésa fue su intención, porque casi se ahoga al intentarlo, ya os podéis imaginar por qué. En ese buñuelo había una nota del fraile a la princesa, y ¡Eh, Tú! casi se la traga. ¡Qué rato tan malo pasó con el papel atravesado en la garganta! Le dio la tos y se puso rojo. Al toser, la nota le salió de la garganta y se cayó al suelo.

Cuando se le pasaron la tos y el mal rato, limpió la nota, que estaba sucia de buñuelo y tierra, la leyó y se enteró de lo que estaban planeando el fraile y la princesa. En la nota decía:

Morir habemus. Ya he hablado con Jonathan. Está de acuerdo en ayudarnos a buscar el tesoro y escaparnos.

Imaginaos la sorpresa que se llevaría ¡Eh, Tú! al leer esto. Entonces fue a la cocina a toda velocidad. Le dijo al fraile que le contara lo del tesoro, o se lo chivaba al capitán pirata. Y el fraile no tuvo más remedio que contarle el plan que habían hecho la princesa y él para encontrar el tesoro del plano y escapar de allí. ¡Eh, Tú! dijo que él quería una parte del tesoro y que lo llevaran con ellos, pues estaba harto de vivir para hacerle los recados al capitán pirata.

El fraile aceptó, pues pensó que les podría venir bien la ayuda de ¡Eh, Tú! y sus burros para escapar. Así que se lo escribió a la princesa en una nota que le mandó en un huevo frito. Cuando ella la leyó, estuvo de acuerdo, pues le

había cogido cariño al cara de lechuga de ¡Eh, Tú!

A la noche siguiente se reunieron los cuatro —la princesa, el fraile, ¡Eh, Tú! y el héroe—. Jonathan aceptó ayudar a la princesa, ya que estaba enamoradísimo de ella, desde la primera vez que la vio asomarse por una ventana. Esto ya os lo habíais figurado, claro, pues un héroe necesita enamorarse de una princesa para que al final la historia pueda acabar bien, ¿verdad?

Total, que se pusieron de acuerdo los cuatro y empezaron a hacer los planes. Tenían que sacar el tesoro de su escondite, después de atravesar los graves peligros que indicaba el plano, tarea que le correspondía realizar al héroe. Luego había que preparar la escapatoria y la llegada hasta la tierra de la princesa, donde serían bien recibidos. Para ello, el fraile, que era el más listo, haría el

plan de fuga. ¡Eh, Tú! guardaría en unas bolsas la comida y el agua que hiciera falta para el viaje y tendría preparados los dos burros para cargar la comida y el tesoro cuando tuvieran que escapar. Afortunadamente, el fraile tenía un plano del territorio y con él podrían cruzar el desierto deprisa. Llegarían enseguida al puerto, donde comprarían un barco con dinero del tesoro y zarparían para dirigirse a un puerto cristiano.

Al volver Blancaflor a sus habitaciones, sus criadas, Amanda y Zarraspa, le dijeron que estaba esperándola Amón Sufú Caradura y Feuz, peinado y arreglado, y con un ramo de cactus en la mano. Como sabéis, el cactus es la flor del desierto.

La princesa entró preocupada. El capitán pirata estaba dentro esperándola lleno de ropas de oro, anillos de piedras preciosas en los dedos y con el mono

columpiándose como siempre en el aro de su oreja.

¡Qué susto más grande se dio la princesa! Figuraos que os pasa a vosotros, que os está esperando al llegar a casa un pirata con un mono en una oreja. También os asustaríais. ¿A que sí?

—¡Cachá-cachá-cachá-cachá! —dijo el jefe pirata al verla, procurando ser amable y educado.

Amanda y Zarraspa le tradujeron lo que quería decir en su lengua, pues ellas sabían las dos lenguas, por eso las habían puesto de criadas suyas.

—Dice que le gustas mucho, aunque seas cristiana y blanca de piel —dijo Amanda.

—Y que quiere hacerse novio tuyo si no te parece mal. Te llevará de paseo por el desierto todas las tardes —siguió Zarraspa.

—Y que te ha traído un ramo de

cactus que ha cogido él mismo, aunque se ha clavado los pinchos al arrancarlos —dijo Amanda.

—Y que puedes pedir los regalos que quieras, que él te los dará encantado si te haces su novia —terminó Zarraspa.

La princesa se asustó al oír aquello tan largo que hablaba el pirata tan feo. Pero, para no levantar sospechas, les pidió que le dijeran que le concediera unos días para pensarlo. Él, al oírlo, creyó que sí le gustaba a Blancaflor, y dijo que bueno. Le dio el ramo de cactus y se marchó de allí feliz.

La princesa soltó los cactus en cuanto él se fue, pues los pinchos que tienen le hacían un daño terrible, y vio como unas gotitas de sangre salían de la piel de sus dedos. Zarraspa y Amanda le lavaron las heridas y le pusieron unas hojas de zanahoria curativa —allí no había tiritas de las que os ponen a vo-

sotros cuando os hacéis una herida—. La llevaron a su cama y para que pudiera dormir le cantaron una canción muy dulce, pues Zarraspa y Amanda cantaban estupendamente. A la princesa le gustó. Después de vivir tantas aventuras y emociones estaba nerviosa, y la melodía la tranquilizó porque le recordaba las nanas que le cantaba de pequeña su mamá.

CANCIÓN DE ZARRASPA Y AMANDA

*Un pirata poderoso
a la princesa raptó,
y la encerró en su palacio
y su amor le declaró.*

*Ella le dijo asustada
que lo tenía que pensar,*

*para, mientras lo pensaba,
tratar así de escapar.*

*Dos criadas que tenía
la querían ayudar
a fugarse del palacio
para a su casa llegar.*

*Pues a la linda princesa
ellas amor tenían ya,
como si una hija fuera
que les trajera la mar.*

Y Zarraspa y Amanda dieron un beso en la frente a la princesita, que ya dormía, y salieron de puntillas de la habitación para no despertarla.

6 En busca del tesoro

A partir de ese día, la princesa tuvo que tener más cuidado. Allí donde iba, se encontraba al pirata Amón detrás de ella. ¡Imaginaos qué horror! No hay nada peor que un pirata enamorado que, en vez de dibujar corazoncitos, ofrecer ramos de flores y esas tonterías que hacen los enamorados normales, regala cactus y te mira con cara de bobo. Por fortuna, Blancaflor podía esquivarlo gracias al olor, porque como el pirata no se lavaba casi nunca —como hacen los piratas que viven en mitad del desierto—, olía mal. La princesa, que tenía buen olfato, podía oler su presencia antes de que él llegara, y

se escondía donde no pudiera encontrarla.

De esta manera fueron pasando los días de forma bastante entretenida. La princesa huyendo del pirata malo y de sus regalos, el fraile planeando la fuga, ¡Eh, Tú! cogiendo a hurtadillas víveres para el viaje, y el héroe haciendo ejercicio para ponerse en forma y poder vencer los peligros y coger el tesoro. Y así, entre unas cosas y otras, llegó el día en que habían decidido fugarse.

Tal y como lo habían planeado, en cuanto desapareció el último rayo de sol detrás de la almena se reunieron los cuatro, sin hacer ruido, en el lugar acordado para ir a buscar el tesoro y escapar del castillo.

Con cuidado, para que no los vieran los centinelas, bajaron a los sótanos del castillo. En una bolsa llevaban todo lo necesario para superar los obstáculos



que iban a encontrar. Sacaron una palanca para abrir la puerta del calabozo, que como llevaba tanto tiempo cerrada, tenía estropeada la cerradura y costaba trabajo abrirla. Cuando el héroe consiguió que cediera y se abriera un hueco pequeño, entró con la espada en la mano seguido por Blancaflor y el fraile, que caminaban, detrás, muertos de miedo. ¡Eh, Tú! se quedó fuera con los burros, vigilando para que ningún pirata con insomnio se acercara por allí y les estropeará el plan. Una vez dentro del calabozo, se dieron cuenta de que el suelo estaba lleno de serpientes, tal como lo indicaba el mapa. Pero eso no asustó a Jonathan porque, como llevaba antorchas en la bolsa, las encendió y las colocó en el suelo formando un pasillo por donde pasar. Como ya sabéis, las serpientes le tienen miedo al fuego. Así que, al ver las antorchas encendi-

das, se fueron arrastrando hacia otro sitio donde no se chamuscaran la piel y las dejaran dormir tranquilas.

Después de pasar por el lugar de las serpientes, llegaron a las jaulas del león y del oso. Para poder pasar entre ellos sin que los mordieran, el héroe les arrojó la comida que había cocinado horas antes el fraile utilizando unas hierbas que daban sueño. En aquella época no existían somníferos, ni cloroformo, ni esas sustancias que usan ahora los espías, los detectives y los médicos en los hospitales para dormir a alguien, así que el fraile tuvo que emplear unas hierbas de las antiguas.

Al echar la comida en las jaulas, el león y el oso se lanzaron sobre ella, como animales que eran, sin pedir permiso, ni lavarse las manos, ni cuidar los modales, ni nada. Y, naturalmente,

se quedaron dormidos en cuanto se la comieron. Nuestros amigos pasaron a su lado con cuidado, por si se despertaban a pesar de la anestesia.

Y así llegaron a un lugar donde había dos lagos. En uno de ellos vieron unos cuantos cocodrilos que lo estaban pasando muy bien jugando a echarse agua con la cola. Y en el otro lago encontraron a un cocodrilo pequeño atado con una cadena, que se moría de envidia al ver a sus compañeros en el otro lago pasándoselo en grande.

Les dio tanta pena a nuestros amigos ver esto, que Jonathan liberó al cocodrilo de la cadena que le impedía irse con los demás. El animalillo, en cuanto se vio libre, se fue al otro lago a jugar con sus amigos cocodrilos. Como agradecimiento, habló con sus compañeros para que no hicieran nada a los que lo

habían soltado. Así que los dejaron pasar en paz y siguieron tirándose agua, a ver quién mojaba más a los otros.

El siguiente problema que tenían que superar era cruzar el lago, sin tener ninguna barca. Primero pensaron vaciarlo a cubos, pero calcularon que tardarían un año. Así que a Jonathan se le ocurrió una idea mejor: se sumergió en el agua y, buceando, llegó hasta una puerta que había en el fondo del lago. La abrió y el agua salió por allí, bajando por el túnel y ahogando a las hormigas carnívoras que estaban fuera.

—¡Otro peligro superado! —dijeron satisfechos, y siguieron adelante.

Finalmente llegaron al cuarto de los monstruos, y pensaron que éste sería el peligro más difícil de superar. Pero veréis lo que pasó. El fraile iba delante, lleno de barro, y tenía los pocos pelos

de su cabeza de punta. Se encontró de golpe con los monstruos, y éstos no esperaban visitas. Al ver al fraile iluminado por la luz de la antorcha que llevaba en las manos, y que le hacía una sombra negra enorme sobre la pared del fondo, se llevaron un susto tremendo y salieron corriendo dando gritos.

—¿De qué se han asustado estos monstruos? —preguntó el fraile a sus amigos.

—Es mejor que no te mires en un espejo —contestó riendo la princesa.

El caso es que, gracias a lo feo que estaba, el peligro había desaparecido. Los monstruos estuvieron corriendo un mes sin parar, tratando de alejarse de allí.

Cuando el fraile, Jonathan y la princesa entraron en la última habitación del recorrido y llegaron al lugar donde

estaba el tesoro, miraron el cofre, felices por haberlo encontrado, y se pusieron a discutir qué debían hacer. El fraile pensaba que eso de ¡PELIGRO DE MUERTE! que ponía al final del plano era sólo para asustarlos, y que debían coger el cofre. Jonathan, en cambio, creía que tenía que haber una trampa por algún sitio y que debían ser prudentes. Al final de la discusión, el fraile cruzó el cuarto rápidamente y cogió el tesoro de donde estaba.

En el momento en que el fraile levantó el cofre, se activó un resorte secreto. El techo empezó a bajar sobre ellos, y se asustaron muchísimo al verlo.

¿Qué haríais vosotros en un caso así? Pedir socorro no servía para nada porque nadie iba a venir a ayudarlos allí abajo. Y como la puerta de entrada se había cerrado al pasar, no había for-

ma de huir por ningún lado. Mientras tanto, el techo seguía bajando y ya les daba en la cabeza. En el momento en que estaban a punto de ser aplastados, a la princesita, que era muy lista, se le ocurrió una idea:

—¡Hay que poner el cofre del tesoro en su sitio! —dijo—. ¡Daos prisa! ¡Corred!

El héroe y el fraile cogieron el cofre y lo volvieron a poner donde estaba antes, sin entender para qué hacía falta hacer eso que decía la princesa.

Cuando el cofre estuvo colocado en su sitio, el techo dejó de bajar y se abrió la puerta.

—¡Estamos salvados! —dijo el fraile.

—Sí —dijo el héroe, que era de pocas palabras.

—Ahora sólo tenemos un problema —dijo la princesa—. No podemos llevarnos el tesoro, pues al cogerlo nos

aplastará el techo. Hay que pensar una solución. ¡Ya está! ¡Ya lo tengo! Sacaremos lo que haya en el cofre y meteremos dentro piedras para que pese lo mismo y no se note.

—¡Qué lista es esta princesa! —dijo el fraile—. ¡Caray!

—Sí, muy lista —repitió el héroe haciendo el esfuerzo de decir tres palabras juntas.

Se pusieron manos a la obra. A los pocos minutos salieron de allí con las bolsas de oro que había en el cofre. Recorrieron deprisa el camino de vuelta pasando con prudencia por la jaula de los animales, que ya se estaban despertando, y llegaron al patio donde los estaba esperando ¡Eh, Tú! con los burros.

Cargaron el tesoro en las alforjas, y poco después salían por una puerta abandonada de la muralla y llegaban al

camino, felices de que el plan hubiera salido tan bien.

Mientras tanto, en el castillo, el león y el oso, que se habían despertado, decidieron ir a dar una vuelta, ya que nuestros amigos, con las dificultades de la huida, olvidaron cerrar las puertas de la jaula. Y menudo susto que se llevó el pirata Amón cuando despertó, a media noche, con la pata de un oso apoyada en su cara. Pegó tal bote en la cama, que se dio con el techo. Y con su pijama de calaveras como única vestimenta, salió corriendo de la habitación. Se fue a buscar a la princesa, no fuera a salir de su aposento, la mordiera el oso y no quisiera luego casarse con él. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver que en la cama de Blancaflor estaba tendido un león durmiendo! Primero se puso triste pensando que aquel fiero

león se había comido a la dulce princesita. Pero luego llegó otro pirata y le informó de que la princesa había soltado a los animales y había huido llevándose el tesoro escondido de los piratas.

Os podéis figurar lo que se enfadó Amón Sufú Caradura y Feuz al oír esto. Estuvo dando gritos cerca de una hora. Luego mandó que se reunieran los piratas en la explanada del castillo. Les habló con el corazón roto, al haberse quedado sin novia y sin tesoro (bueno, todo lo roto que podía tener el corazón un pirata malísimo que había cometido tantas fechorías en su vida).

—¡Guerre-guerre-guerre-guerre! —les gritó a los piratas que estaban en el patio medio dormidos. En nuestra lengua quiere decir: «Ya el profeta de los piratas debe haberse cansado de protegernos y ha dejado que se escapara la

princesa llevándose el tesoro de nuestros antepasados. Pero la cogeremos y volveremos a poner el tesoro en su lugar. Los traidores que la han ayudado lo van a pagar caro. Y ella se casará conmigo por las buenas o por las malas».

Una vez que dijo esto, muy enfadado, organizó a su cuadrilla y se lanzaron en persecución de la princesa. Llevaban las espadas en la mano y daban tantos gritos en mitad de la noche que hasta la luna se escondió asustada detrás de una nube que pasaba.

Entre tanto, nuestros amigos marchaban contentísimos por el desierto con sus burros y su tesoro. Y Blancaflor, como hizo en el viaje de ida, se puso a cantar. Esta vez la canción era más alegre, como os podéis figurar.

CANCIÓN

DE LA PRINCESA FELIZ

*¡Ay, qué contenta estoy
de estar en libertad,
y que mi cautiverio
haya quedado atrás!*

*¡Ay, qué contenta estoy
del desierto cruzar,
y de marchar muy pronto
en barco por la mar!*

*¡Ay, qué contenta estoy
de ver a mi papá,
y que voy a poder
besar a mi mamá!*

*¡Ay, qué contenta estoy
de poderme escapar
y con este tesoro
a mi casa llegar!*

Qué poco imaginaba ella, al cantar tan feliz esta canción, que, no lejos de allí, los piratas les seguían los pasos. Y que Amón Sufú Caradura y Feuz había jurado buscarla aunque fuera debajo de la tierra, hasta darle alcance. Y cuando a un pirata se le mete algo entre ceja y ceja, como son muy cabezones, no se rinden nunca sin conseguirlo. Aunque les cueste un ojo de la cara. Por esta razón hay tantos piratas tuertos, con un parche en el ojo.

7 *El regreso a casa*

Poco tiempo después, Blancaflor y sus amigos acabaron su viaje por el desierto y llegaron hasta el puerto, donde pensaban conseguir un barco. El plano que había hecho el fraile para atravesar el desierto les permitió realizar la primera parte de su fuga con rapidez. Y como ¡Eh, Tú! había cargado suficiente comida y agua en los burritos, no pasaron hambre ni sed durante el viaje.

En cambio, los piratas que los seguían fueron a lo largo del camino hambrientos y muertos de sed. Como partieron con tantas prisas, apenas habían cogido provisiones para el viaje. Eso hizo que fueran de mal humor, gri-

tando cosas feas y asegurando que cuando cogieran a los fugitivos iban a hacerles pagar con creces los malos ratos que les habían hecho pasar. Pero, afortunadamente para los buenos de esta historia, les llevaban ventaja y, por eso, llegaron antes que ellos al puerto.

Con parte del tesoro que tenían, adquirieron un barco que estaba anclado en la orilla del mar, en el que ponía un letrero: SE VENDE. Les costó mucho dinero, pues el vendedor los vio con cara de no saber de negocios, y les dio un barco muy viejo y no demasiado rápido. Pero ellos lo compraron satisfechos, ya que con él podían, al fin, salir de aquellas tierras.

Consiguieron provisiones, contrataron a cuatro marineros expertos, montaron en el barco llevándose a los burros y se hicieron a la mar lo más pronto que pudieron.

Unas horas después, Amón Sufú Caradura y Feuz llegó con los suyos. Después de beber el agua de la fuente de la plaza y comer lo que encontraron cerca, preguntaron si alguien había visto a un grupo de personas con una princesa muy guapa, dos burros y un fraile feo. Cuando los del lugar les contaron que aquellos por los que preguntaban acababan de partir en un barco, dijeron muy enfadados:

—¡Kuru-kurus-kuru-kurus! —lo que quiere decir: «Ya el profeta de los piratas nos ha fastidiado otra vez, y se nos ha escapado la princesa, ¡caray!».

Pero, como ya os dije, los piratas son cabezotas, así que decidieron seguir persiguiéndolos por el mar, en un barco. Dejaron sus camellos y sus caballos y se subieron al barco pirata. El barco estaba anclado en ese puerto desde que

llegaron con la princesa raptada, al comienzo de esta historia.

Zarparon los piratas y, al poco tiempo de ir navegando por el mar, el vigía, que estaba subido arriba del palo mayor, se sacó el dedo que tenía metido en la nariz, apuntó con él a lo lejos y gritó:

—¡Birribirri-birribirri! —que quiere decir, resumiendo: «¡Barco a la vista!».

A lo que contestó el capitán pirata muy contento:

—¡Cuchucuchu-chucuchu! —que traducido significa: «Ya el profeta de los piratas», etcétera, y «¡A por ellos!».

Y sin dudarlo extendieron las velas, y dirigieron el timón tras el otro barco, que, como suponían ellos y suponéis vosotros, era el de la princesa.

Mientras tanto, nuestros amigos, ajenos al barco que los seguía a lo lejos, iban navegando camino del palacio de



la princesa, que estaba más contenta que nunca por el descubrimiento que el fraile había hecho. Veréis lo que pasó.

El fraile se dio cuenta de que Jonathan llevaba un medallón al cuello con una inscripción en una lengua extranjera. Le pidió que se lo dejara un momento y, al observarlo, el fraile le preguntó desde cuándo lo tenía. Jonathan le contestó que siempre lo había llevado puesto, desde que era un niño, antes de que lo raptaran los piratas de su casa, hacía tantos años ya que no se acordaba. Entonces el fraile, que como sabéis era muy listo, tradujo lo que ponía en el medallón. Y descubrió que Jonathan era un príncipe que había sido raptado de lejanas tierras hacía mucho tiempo.

Fijaos lo alegre que se puso la princesa al enterarse, pues al ser Jonathan

príncipe, podía casarse con él sin que hubiera problemas de protocolo palaciego. Estaba libre, iba hacia su casa con un gran tesoro y, además, tenía a un príncipe guapísimo de novio, que era un héroe. «¿Qué más se puede pedir?», se preguntó. Y se puso a cantar esta canción:

CANCIÓN DEL REGRESO A CASA

*La mar cruza hacia mi casa
esta fuerte embarcación,
con la que huimos felices
del pirata malo Amón.*

*Que me robó de mis padres
y me llevó a su región,
y encima quería casarse
conmigo, el muy ladrón.*

*¡Eh, Tú! hace la comida,
el fraile lleva el timón,
Jonathan hace la guardia
y reina en mi corazón.*

*Venid, peces, a escuchar
las notas de mi canción,
que se posan sobre el agua
que surca este galeón.*

Y los peces del mar, los delfines y ballenas, los caballitos y las gambas, los besugos y los calamares asomaron sus cabecitas sobre el agua para escuchar el bello canto de Blancaflor.

Fue en ese momento, como contestando a su canción, cuando comenzaron a sonar los terribles cañonazos que lanzaba el barco pirata. Los cañonazos caían por todas partes en el agua, a los lados del barco, asustando a sus ocupantes y a los peces del mar que habían

acudido a escuchar la canción de la princesa.

¿Y sabéis lo que pasó? Que los peces se enfadaron tanto porque les tiraran cañonazos, que se fueron nadando hasta el barco pirata, lo rodearon y lo empujaron llevándoselo muy lejos. Tan lejos, tan lejos, que lo llevaron hasta una isla pequeña que había en medio del mar. Allí lo hicieron naufragar colocándolo contra la arena de la playa, sobre la que quedaron tirados los piratas.

Éstos dijeron entonces, muy molestos:

—¡Kiquiriki-kiquiriki-kiquiriki! —lo que quiere decir: «¡Ya el profeta de los piratas nos ha tomado el pelo otra vez y ha decidido que pasemos el resto de nuestra vida como náufragos en esta isla, sin poder robar a nadie ni raptar princesas de sus palacios! ¡La ha to-

mado con nosotros el profeta de los piratas, caramba!».

Mientras tanto, la princesa y sus amigos, ya sin ningún otro contratiempo digno de mención, siguieron navegando y llegaron, unos días después, a su casa.

Los reyes, llenos de alegría, casi le desgastan la cara a la princesa con los besos que le dieron. Los demás se pusieron también contentísimos al ver a la princesa en el palacio sana y salva. Y cuando contaron que tenían un tesoro y que lo iban a repartir entre todos los vecinos del pueblo, se pusieron más contentos todavía. Los perros ladraron, las campanas sonaron y hubo baile y fiesta en la plaza durante tres días y tres noches.

Días después, la princesa y su héroe se casaron —ya sabéis que es lo que hacen las princesas al final de los cuen-

tos—, y vivieron felices para siempre, como es normal en estos casos.

El fraile y ¡Eh, Tú! decidieron que eso de correr aventuras era divertido. Con la parte del tesoro que les dio la princesa, se marcharon un buen día, montados en los dos burritos, a recorrer el mundo.

Y así acaba esta historia: la princesa, casada y feliz con Jonathan en su palacio, y Amón y sus piratas tomando el sol y poniéndose morenos en las playas de la isla desierta, donde viven desde entonces.

Índice

1. <i>El rapto de Blancaflor</i>	7
2. <i>El viaje por mar</i>	19
3. <i>La llegada a África</i>	37
4. <i>En el castillo del pirata</i>	48
5. <i>Jonathan, el héroe</i>	67
6. <i>En busca del tesoro</i>	81
7. <i>El regreso a casa</i>	97